

Queriendo un negro cuero, que estaa en un árbol su
ido, comer un hermoso queso, que haía hurtado de
una entana cercana, le atisó la zorra que empezó a
adularle:

- ¡Oh cuero, qué istoso es el lustre de tus plumas! ¡Qué
hermosura la que ostentas en tu cuerpo y en tu semblante! Si
correspondiera tu oz, ninguna otra ae te llearía en el
mundo entaja.

El necio del cuero, queriendo hacer ostentacion de su oz, a
rió el pico para cantar y soltó el queso que áidamente cogió
entre sus dientes hamrientos la astuta raposa.

Este suceso pruea, cuanto aproecha el ingenio, y que en todo
caso más ale maña que fuerza.

Una ruja tenía como profesión ender hechizos y fórmulas para
calmar la cólera de los dioses; no le faltaan clientes y ganaa
de este modo ampliamente la ida. Pero fue acusada por ello
de iolar la ley y lleada ante los jueces que la sentenciaron a
muerte.

Al erla salir condenada por aquel triunal, un oser
ador le dijo:

—Tú, bruja, que decías poder desiar la cólera de los dioses, ¿cómo no
has podido conencer a los homres?

Un homre tenía un caallo y un urro ya iejo. Un
día que amos ian camino a la ciudad, el urro,
sintiéndose cansado, le dijo al caallo:

— Llea a un poco de mi carga puesto que a a acaar con
mi ida.

El caallo, haciéndose el sordo, no dijo nada y el urro
cayó íctima de la fatiga y murió allí mismo. Entonces el homre

re su ió toda la carga encima del ca allo que muy tristemente solloza a:

—¡Qué mala suerte tengo! ¡Por no ha er querido cargar con un le e peso ahora lo cargo todo!

La gallina Clotilde i ía en un pequeño corral con otras nue e gallinas y el gallo Corindón. Clotilde era la gallina más ella, la que ponía los hue os más grandes y la preferida de Corindón por su ágil uelo.

En el centro del corral ha ía un cerezo muy alto que al llegar la prima era se llena a de grandes y sa rosas cerezas que la gallina Clotilde picotea a alcanzando con su airoso uelo las ramas más ajas cargadas del rojo fruto.

Las otras gallinas se conforma an con las cerezas que Clotilde les tira a o con las que se caían sacudidas por el iento.

A urrida en su corral, una tarde de erano, agotadas ya la cerezas, la hermosa Clotilde emprendió un nuevo uelo hasta el cerezo y, ascendiendo de rama en rama, se su ió a lo más alto de su copa. Desde allí se di isa an inmensos campos llenos de granos de trigo, prados ha itados por gusanos y lom rices relucientes, y charcas repletas de insectos y escara ajos.